

— ¡Ríndanse! les gritábamos en medio del ruido y de la confusión de los plomazos.

— *Güiri, güiri*, decían ellos sin hacer caso.

— ¡Que se rindan! gritó Perfeuto Antúnes apretándole piernas al *cuaco*... ¡Ay, poder de Dios!

Y se metió á lo hombre arriscándose el sombrero y con el machete en la otra mano.

Pero más tardo yo en contarle, negritos; cayó el pobre ensartao de este vacío, y otro tanto le pasó á Juan el Diablo y á Refugio Cortés y á la mar de gentes. Yo creo que cairían como cincuenta.

Al fin nos hicimos dueños de aquello y los franceses se quedaron allí muertos ó mal heridos. Me acuerdo de un hombre hermoso él, de buena cara, piochudo y narizón.

— ¡Ríndete! le dije poniéndole la mano al pecho.

— Nomrindo... Zarragoza, nomrindo.

Y me disparó su pistola. Yo no tuve más que sacar el cuerpo y rebanarle la jícara.

A la segunda carga no tuvieron remedio; le entramos hasta el portal de la casa grande y al fin nos quedamos con la chica. Pero, ¡qué balacera, amigos! La verdá, yo no creo que haya á quién no se arrugue á lora de lora... Con decirles que en el portal corrió la sangre como si fuera arroyo... Ya no oíamos á los jefes, ni entendíamos las órdenes, ni sabíamos nada; todo era echar cuero y más cuero hasta que se nos hacía malo... Yo me tiré al plato

á un oficial, me atiranté á dos sargentos y á un arriero le pegué en la chapa del alma con mi pistola: no dijo ni pío.

Allí cayeron el teniente coronel Juan de Dios Rojas, el comandante Jesús Peraza, el pagador Zeferino Torres, y un diluvial de muchachos bragaos... ¡Lo que es la providencia de Dios! yo no saqué ni un rasguño, ni un rozón, nada... Y que me metí en lo más crudo de la refriega, allí está el parte que lo diga: «El sargento primero Isidoro Perales, que esto y que lo otro y que jué y que vino y que se portó con el valor y la decisión que en casos parecidos... Se le recomienda al Supremo Gobierno pal empleo de susteniente, pero no podrá tener el título ni ejercer las atribuciones de su nuevo cargo hasta que dicha entidá se haya servido confirmar la providencia de este cuartel general.» Y figúrese, de aquí á Chihuahua...

Bueno, pos el jefe estaba con un ojo al plato y otro al garabato; porque, bueno, allí les tenía cogidos á los franchutes; pero, ¿y si venía don Castagny, que estaba á dos ó tres leguas de distancia?

Entonces don Ramón le consultó á Martínez qué sería bueno hacer; bueno, porque el don Angel no es por alabarle, pero tiene idea. Y Martínez dijo: «Pos, señor, lo que hay que hacer es, digo yo, quemarles el jacal, porque de otro modo...»

Mi general dijo entonces: «Bueno, pos á quemar todo.» La verdá, estaba feo aquello, y los malditos gabachos die-

ron pruebas de tenerlos en su lugar. Las puertas de la casa estaban atrancadas con los tercios de ropa, y con las sillas de los caballos, y con las cajas de vino y con todo; y empezando á arder las puertas que se alza una llamara-dota, señores de mi alma, que era el día del juicio. Todos estábamos coloraos y las llamas subían hasta el cielo, que estaba también colorao como si por allá arriba le estuvieran entrando á los matracanazos... En eso que oímos un trueno que parecía un cañonazo, y luego otro y luego otro: eran las ventanas y las puertas que salían de su lugar y caían al suelo brincando como pollos descabezaos. Y unos veinte franchutes consiguieron salir; pero con quen jueron á cáir; con Rubí, que les dejó secos á todos sin que escaparan más que dos.

Pero, amigos, la sangre sin juego hierve; ¿qué hacen aquellos? Pos empezar á batirnos echándonos unos tiros tan certeros que nos estaban haciendo pedazos. Yo les aseguro que me fruncí al ver cáir tanta gente.

— ¡Que se vengan, que se retiren! dijo un ayudante que llegó á escape.

Y pa que vean lo que son las cosas, malajo; en aquella hora y punto vino una bala perdida, y zas, le entró á mi coronel Correa por el costillar y cayó al suelo redondito; por poco no le valen luchas, por poco no alcanza ni siquiera á decir Jesús, ni siquiera el *santolio*.

Pos, hombre, que al ver aquello don Ramón se pone

furioso y dice: «Este era el improsulto de mis amigos, el improsulto de los hombres valientes, el improsulto de aquí y de allá y que esto y que lo otro». Ordenó luego un



asalto á la casa y otro á la ilesia y acabar con todo.

Los santosantia-
gos ya no tuvimos que hacer: los purititos infantiles le entraron al desorden y sacaron cincuenta y siete soldados, de los que les dicen cazadores de Vincennes, y tres oficiales y cuarenta arrieros.

El general nos había ofrecido la mitad de lo que se recogiera, y nos tocaron, entre oficialidad y tropa, diez mil duros que nos repartimos. Había más; pero cuando entramos á la casa estaba ardiendo; el dinero se había vuelto como melcocha y lo demás estaba, pero quemando: yo cogí este zarape y unos zapatones llenos de

clavos que me llenaron de ampollas los pies. Los vendí en dos reales cerca de san Ignacio.

— ¿Y los prisioneros? preguntó Ginés.

— ¡Cacc! hizo Perales simulando el gruñido del que le aprietan el pescuezo: les colgamos, es decir, los colgó el capitán Montaña en Pozo Hediondo.

— ¡Ahorcados!

— Sí, amigo, ahorcados, ni más ni menos, dijo Perales deshaciendo de un manazo el plano que había levantado. ¿Pos qué quería? ¿Que les guardáramos pa semilla? ¡Lucido papel hacíamos caminando con sesenta galabardos que á la hora menos pensada nos habrían dado un disgusto!

Y luego, qué, ¿se portan ellos mejor con nuestra gente? En el Espinazo el Diablo nos fusilaron á catorce muchachos tan valientes como éstos, y no habíamos de ser nosotros los que les despacháramos libres y todavía les diéramos de ribete el dinerito que les ganamos á la buena... Además, naiden jué á llamarles á su tierra: si hubieran seguido allá, á buen seguro que algo les hubiera pasado: estátelo con tu nana y no te lo mal impliés, dice el dicho y dice bien.

Cuando Perales acabó de contar, los pocos que primero habíamos formado la rueda, éramos ya más de cuarenta. Alabamos la gracia y el colorido que el sargento solía tener, nos reímos celebrando lo que merecía risa, y lamentamos lo que era acreedor á tristezas.

Miguel.

DEL MISMO Á LA MISMA

Presidio, 1865.

Eugenia mía de mi alma: ya conocí á Corona y puedo decirte que el hombre me resultó como yo no esperaba. Suelen engañar tanto las biografías, las relaciones apasionadas de los amigos y las diatribas de los enemigos, que hay que huir de hallarse frente á frente de un grande hombre más ó menos auténtico.

Y Corona me resultó, precisamente por lo que yo menos me esperaba. No te le figures como las mujeres se figuran siempre á los generales: altos como un pino, con grandes bigotes negros, tremenda barba partida, gorro montado en la cabeza, casaca con bordados en las espaldas, y en las manos un truculento chafarote.

Corona es alto, de tez blanca, delgado y buen mozo. Tiene bellos y tranquilos ojos, nariz delgada de caballete, boca pequeña, frente amplia, aumentada por una calvicie incipiente, y bigote fino y sedoso que el general atiende con más primor que al resto de su persona.

Quien le vea vestido con un trajecillo negro, tocado con un sombrero de fieltro y llevando al cuello una bufanda de lino, no le tendría por el hombre que ha hecho tantas cosas, que se espera lleve á cabo otras muchas, que se ha granjeado tantísimos odios, que ha sabido con-

quistar tantos afectos y que al mismo tiempo que muchos darían cualquier cosa por matarle, en cambio otros perderían la vida por salvar la suya.

Corona llegó adonde estábamos acompañado de dos sujetos que tenían aspecto de extranjeros: el uno era guapo, de buen rostro y mejor cuerpo y aparentaba tener veinticinco ó treinta años; el otro era de gran barba rubia, ojos claros, nariz fina y aspecto de persona que ha vivido siempre holgadamente.

— ¿Quién pregunta por mí? dijo Corona jovialmente.

— Dos oficiales, señor, contestó melosa y simiescamente mi mentor y amigo, dos oficiales que desean saludar al vencedor de Veranos, al joven general cuyas hazañas...

Paró don Ramón, haciendo una seña, el chorro de elocuencia que se desbordaba, y dijo sencillamente:

— Al señor ya le conozco. ¿Usted es quien viene de Francia? me preguntó.

— Sí, mi general; á principios del año salí de allá.

— Ya no habrá mexicanos por aquellos lugares, ¿verdad?

— No, mi general; los que no nos juramentamos volvimos á nuestras expensas: desde hace más de un año que llegaron los primeros... Los últimos llevamos más de seis meses de haber regresado del extranjero.

— Martínez, presente usted al señor...

— Capitán, mi general; capitán Miguel Caballero de los Olivos...

— Presente usted, pues, al capitán Caballero de los Olivos con los jefes que usted conoce tan bien... El señor don Ladislao Coloman; el señor don Esteban Zackany, oficiales húngaros que pelean por la independencia de nuestra patria.

Les dí la mano á aquellos sujetos, y luego me llevaron á la presencia de mis superiores y de mis iguales, que venían detrás del jefe ó le rodeaban.

Y como ya te he mencionado á Rubí, vale la pena de que después de ofrecirme muy á sus órdenes, á mi vez te presente á tan digna persona. Así mis cartas, que hace mucho tiempo no contienen más que cosas tristes, te distraerán un poco de penas y cuidados.

Don Domingo Rubí tiene como cuarenta años de edad: su color es amarillento y parece un cuero de Córdoba mal adobado y peor restirado; la cabeza es redonda como queso de bola; la nariz carnosa, de esas que ofrecen material para diez ó doce narices bien despachadas; la frente es estrecha; la boca grande, de las que les dicen de *buchaca*; los dientes negruzcos y sucios; los ojos grises, de un gris mortecino, y veteados en lo blanco con innumerables ramificaciones sanguinolentas: parecen los ojos de chile que se ponen en los cántaros alumbrados interiormente y con que se asusta á los niños que no quieren

dormirse á buena hora. Anda torpe y pesadamente, y su gesto habitual consiste en estirarse los bigotes, que en él son como antenas á propósito para la orientación.

Era *tanatero* de una mina y de *tanatero* entró al ejército. Su fuerza de coloso, su valor de bruto, su adhesión de lapa, le hicieron escalar el puesto de oficial y luego el de general, al cual llegó sin saber leer ni escribir.

— A mí no me anden con *leturas*, es su frase ordinaria.

Y *leturas* llama á todo lo que no es el comer, el dormir, el pelear de día y de noche, sano y enfermo, con probabilidades de ganar y con seguridades de perder. Es una fuerza de la naturaleza, un árbol desgajado de la montaña que baja haciendo estragos hasta el valle; no es el hombre de valor reflexivo y consciente que conoce toda la importancia de sus actos, sino un desatentado é ignorante que va á la buena de Dios.

Su virtud principal es su adhesión ciega á Corona, á quien quiere y teme como el perro á su amo.

— Yo no hago eso, suele decir, porque si lo sabe el tío...

Y el tío es Corona, quien constituye su único criterio, su única deidad, su culto único.

Hace poco que Rosales se retiró del mando á causa de su mal genio, pues lo que es la manera de caminar de acuerdo con alguien, es cosa que desconoce el excelente soldado.

Corona nombró ó hizo nombrar gobernador á Rubí, y aunque Rosales protestó y hasta llegó á levantarse en armas, la cosa estaba hecha y no había más remedio que aguantar el esperpento. Con motivo de la toma de posesión del gobierno por don Domingo, sus amigos le dieron una fiesta en la Lonja de Culiacán. Rubí se emborrachó, hizo mil impertinencias, gritó, quiso disparar tiros y



amenazó á todo el mundo con la cárcel. Al último se sintió tocado de ternura y pretendió sentar en sus piernas á la mujer de don... (aquí pon un nombre conocido), y hacer caricias á la señorita... (aquí otro nombre conocido) y besar á las... (aquí pon casi todos los apellidos famosos en Culiacán).

Las señoras protestaron, se alborotaron y todo el mundo quiso salir; pero como el gobernador á aquella

hora se enfrentaba con el octavo ó noveno brindis macarrónico, salió trastabillando hasta la puerta de la calle y dijo al oficial de guardia:

— De orden mía... de orden del gobernador... del general Rubí... naiden sale... naiden sale de aquí.

— Señor, exclamó el secretario, interviniendo con toda la diplomacia del mundo... Señor, las niñas necesitan... digo, pues, salir afuera...

El excelente secretario quería decir que las jóvenes aquellas habían menester... vamos, pues ejecutar la operación con que Gulliver apagaba los incendios en Lili-pucia.

— No me importa... no me importa nada; que se amuelen... ¿Quién les mandó venir al *gollete*? Ora se friegan.

Insistió el otro, y entonces Rubí consintió en atenuar los efectos de su orden.

— Mire, oficial... oficial de guardia... Pueden salir... sí, pueden salir, pero la que salga á alguna *lucha* ó *deligencia*... pos bueno... pos que vaya acompañada del cabo de cuarto.

Este es don Domingo Rubí. Las figuras de Martínez, Donato Guerra, Tolentino, Dávalos, Gutiérrez y los demás que rodean al jefe, y que se dice son muy otra cosa que el gobernador, ya irán apareciendo por aquí á medida que las vaya topando.

Hoy escribo á mi padre pidiéndole arregle todo para que á la mayor brevedad logremos estar juntos y satisfechos.

Les abraza con toda su alma ahora y siempre tu

Miguel.

DEL MISMO Á LA MISMA

Copala, 1865.

Eugenia mía de mi corazón: se me atropellan las noticias y no hallo por cuál empezar; quizás te refiera la última sorpresa en que estuvimos á punto de morir; quizás te cuente un curioso arresto de Corona... Pero, para proceder con orden, mejor quiero referirte algo de la persona del jefe, que ha acabado de cautivarme más de lo que me figuraba.

Corona dista cien leguas de la concepción corriente del guerrillero. Es de costumbres tan ordenadas como me relataba Ginés, al grado que cuentan de él lances que rayan en chistosos por el candor que revelan. El otro día recibieron los oficiales una paga, cosa que llega de cuando en cuando y con una parsimonia que desespera á tan buenas gentes. No bien había parado el maná en poder de estos hambrientos, cuando se fueron á un jacalillo de las cercanías, y empezaron á entrarle á la *sota pal cuatro*.

Tuvo el general oportuno aviso de lo que hacían aque-

llos excelentes muchachos, y á la hora que más empeñados se encontraban tupiendo de apuestas el tapete verde, la centinela que tenían colocada para espiar lo que viniera entró demudada y llena de congoja.

— ¡El general, el general! dijo apresuradamente.

— ¿Qué general? preguntaron los jugadores todavía con más priesa.

— ¡El general en jefe, el general Corona!

Tiempo faltó para esconder dinero, barajas y tapete, pues á lo mejor el jefe asomó la cabeza por la puerta del jacal, tapándole todo con su aventajada estatura.

— ¿Qué sucede, amigos, qué se hace por aquí?

Todo el mundo permaneció quieto y sin respirar, pero mostrando el instrumento del delito.

— Veo que, contrariando mis órdenes, ustedes se han puesto á jugar.

— Mi general, era un *pockerito*, dijo el más atrevido.

— Pues *poquito ó muchito* que sea, de todas maneras se expone el sueldo que el Gobierno da para que se satisfagan necesidades urgentes.

Y se alejó luego de mandar recoger barajas y dinero, é ignorando que hay un juego que se llama *pocker*.

Corona es enemigo de esos alardes de valor que comprometen tontamente la existencia del soldado y á veces hasta ponen en conflicto al mismo ejército; pero sea porque la sangre moza le haga cosquillas y le lleve hasta